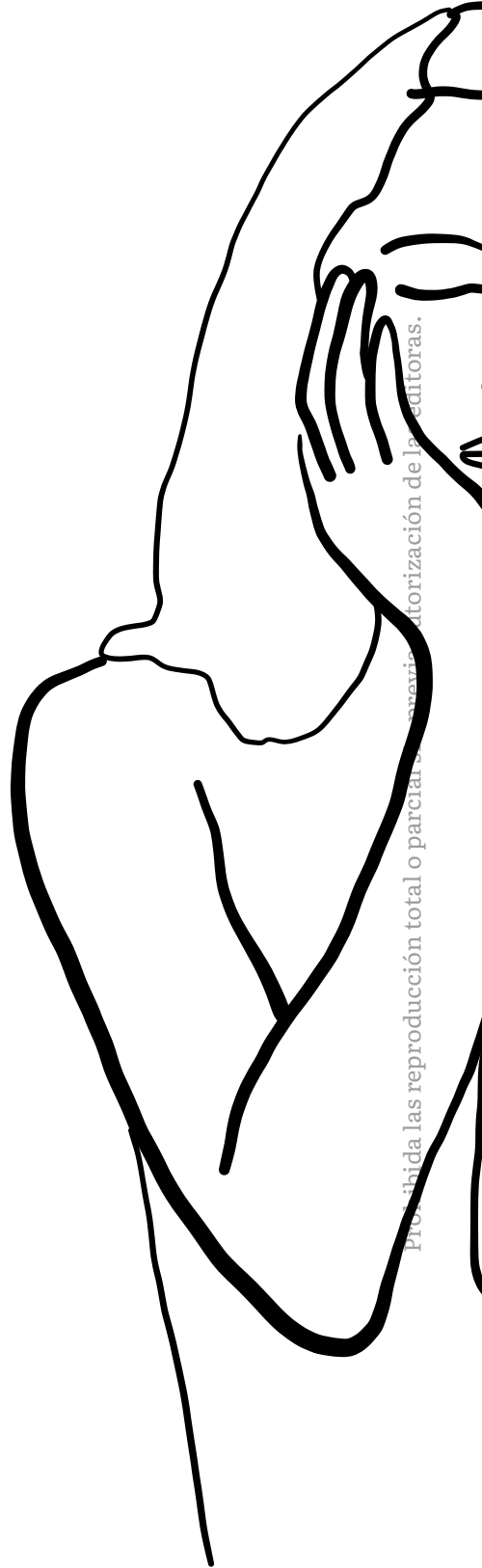


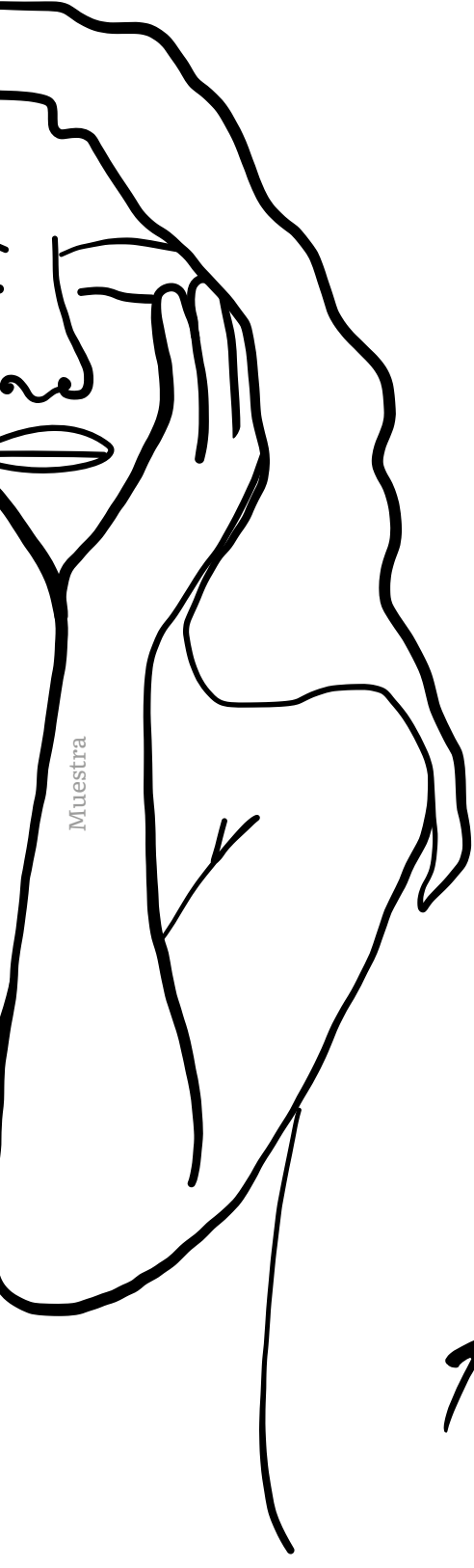
Muestra

Prohibida la reproducción total o parcial sin previa autorización de las editoras.

Muestra



Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización de las editoras.



Muestra

Alvina

Prohibida la reproducción total o parcial sin previa autorización de las editoras.

Muestra

Prohibida la reproducción total o parcial sin previa autorización de las editoras.

Muestra

Alvina

ADOLFO SABALZA



Pie rojo
Ediciones

Prohibida la reproducción total o parcial sin previa autorización de las editoras.

Alvina

Primera edición, diciembre 2020

D. R. © 2020, Pie Rojo Ediciones
Carlos Sagredo #2504-B,
Col. San Cayetano, C.P. 20010
Aguascalientes, Ags.
E-mail: pierojo.ed@gmail.com
www.pierojoediciones.com
Tel. 449 555 2227

© del texto: Adolfo Sabalza
© de la edición: Sandra Reyes Carrillo
© del diseño editorial y portada: María Estela
González Acevedo
© de la foto de portada: Eduardo Cornejo
Modelo: Ruby Vizcarra

ISBN 978-607-97641-4-2
Impreso y hecho en México
Made and printed in Mexico

Prohibida la reproducción total o parcial sin
previa autorización de los editores.

A mi familia, por su amor.

A Ruby, por su apoyo.

A todos los “NO” que he recibido a lo largo de mi vida,
por enseñarme paciencia y perseverancia.

Muestra

Prohibida la reproducción total o parcial sin previa autorización de las editoras.

...fue creciendo y creciendo, y se transformó, finalmente, en una doncella vestida con un exquisito velo blanco hecho como de millones de copos en forma de estrella. Era hermosa y distinguida, pero de hielo, de un hielo cegador y centelleante, y, sin embargo, estaba viva; sus ojos brillaban como límpidas estrellas, pero no había paz y reposo en ellos.

Hans Christian Andersen

Muestra

Índice

Prohibida la reproducción total o parcial sin previa autorización de las editoras.

13	Prefacio
14	Capítulo 1
15	TROTAMUNDOS
42	SANTOS Y DEMONIOS
53	FANTASMAS
65	Capítulo 2
66	CÓMPLICES
82	INVASORES
94	PUTAS
105	Capítulo 3
106	IMPOSTORES
122	JUGLARES
137	ASESINOS
151	Capítulo 4
152	VENDEDORES Y AMBULANTES
166	AMANTES
194	SOÑADORES
207	NOTA DEL AUTOR

Muestra

Prohibida la reproducción total o parcial sin previa autorización de las editoras.

Prefacio

Tala existe y, según datos censales, hay en él más de 80 mil habitantes.

Querido lector, si al terminar esta novela sientes la necesidad de ir y ver con tus propios ojos el lugar que ha dado inspiración a mis letras, no te detengas. Y si al hacerlo descubres diamantes olvidados en sus bosques, entonces habré acertado.

Al crear esta historia he decidido alejarme de la típica caricaturización de los pueblos mexicanos en zonas rurales del siglo XX y los personajes que hay en ellos, inclinándome por un tono convergente entre el sentimentalismo del romanticismo y la crudeza del realismo y el naturalismo.

Tala existe y, según esta novela, hay duendes en sus montes, empanadas de cereza rondando por sus calles, y forajidos y mujeres de fuego que la invaden para incendiar las buenas costumbres.

Muestra

Capítulo UNO

Trotamundos

I

Su piel era tan blanca como luz de invierno, suave y radiante como una perla custodiada por la ostra más escrupulosa del mar; su cabello descendía como en largas hebras de algodón hasta la espalda y un flequillo le cubría las cejas casi invisibles sobre la frente que, más que parecer de carne, daba la apariencia de estar hecha de parafina; era delgada, con un cuerpo inocuo y de construcciones infantiles. Brillaba. Su sola presencia conmovía el ambiente. No osando desfigurar su silueta, a la distancia los confines le temían, era una efigie perpetuamente distinguible: caminando, andando y luciendo como un ángel exiliado en busca de la redención que le permitiera volver junto a sus hermanos celestiales.

Desde que tenía memoria, todos creían que sus ojos eran rojos, la llamaban conejo algunas veces, pero en realidad eran grises, muy claros, casi violáceos. Tenía dieciséis años y un fuerte deseo de conocer el amor, aquél que transformara su pálido y alicaído corazón en un rubí, uno que mantendría seguro dentro del cofre de huizache que creaba su pecho. Sabía lo que un cálido sentimiento como el cariño de su madre –al prepararle su platillo favorito– o el de su padre –cuando, en todos los días de campo familiares, instalaba carpas de loneta para que ella pudiera disfrutar del verde exterior– provocaba en cada fibra de su ser, trayendo esos colores que en su vida diaria no poseía; y por lo tanto estaba convencida de que una intensa pasión daría un eterno tono sonrosado a su cuerpo, quizá castaño o ébano a su cabello y carmesí a sus labios, pero hasta que eso sucediera seguiría manteniendo el blanco.

Ir por la avenida rumbo a su casa no era algo frecuente, los únicos parajes por los que solía moverse eran los pasillos de su hogar, lejos del sol y su abrasivo roce. La claridad del día no era desconocida para ella, pero sí desafiante; la primera vez que le enfrentó fue hacía años atrás, luego de tener una pelea con su hermano: el chico había estado tratando de mantenerla como una princesa atrapada en su castillo y a la espera de un salvador, pero ella, exhausta de ser consi-

derada una figura de cristal, había echado abajo la fortaleza –construida de almohadas y sábanas– de un manotazo, proclamándose a sí misma como su propia defensora. Agustín había refunfuñado al no permitirle actuar como su príncipe.

— Debes dejar que yo sea quien te rescate, ¡ése es mi deber! – había gritado el entonces pequeño de ocho años, extenuado de que su hermana arruinara el juego.

— ¡No quiero! ¡No quiero! Estoy cansada de estar encerrada – había dicho ella, no sólo refiriéndose al castillo imaginario, sino a su casa–, prometiste que haríamos algo diferente, que me llevarías afuera para ver cómo bailan las flores –se había quejado. La animación de unas rosas danzarinas exhibidas en el deteriorado televisor de la sala la tenían impresionada desde hacía semanas.

— Te he dicho que no puedo... sólo te prometí eso para que dejaras de chillar –le respondió el niño mientras recogía las almohadas para levantar una nueva ciudadela.

— Pero... –quiso debatir la pequeña.

— Si dejas que te dé el sol morirás, ¿¿por qué no lo entiendes?! –le interrumpió Agustín. Al igual que la conjunción de un puñado de polvo metálico de aluminio y una porción de ácido en cantidades idóneamente catastróficas, la desesperación y la sinceridad infantil nunca eran una buena mezcla.

— Eso no es verdad... ¡Dices mentiras! –la pequeña conocía de boca de sus padres que nunca debía salir de casa, pero no sabía la razón; al oír las palabras de su hermano había mirado angustiada por la ventana, luego lo había mirado otra vez a él. La sorpresa sufrida a esa corta edad le hizo derramar lágrimas al instante–. Te lo probaré –le desafió, abandonando la habitación de golpe. Su hermano había tratado de interceptarla, pero ella se movió veloz como una gacela.

— ¡Detente! –gritó Agustín.

Sin hacerle caso, la niña recorrió diligente el pasillo hasta la escalera y luego bajó a la primera planta. Al tener la puerta principal delante se sintió victoriosa, sin vuelta atrás.

Cuando su hermano apenas tomaba los escalones, ella ya cogía la perilla, girándola con emoción.

La puerta se abrió y con ello un cegador resplandor la recibió...

El recuerdo de lo que había sucedido después le dibujó una nostálgica sonrisa, dejando las memorias de cuando ella y su hermano eran niños, y volviendo nuevamente a su caminata por la calle.

— ¡Hey! ¡Hey! –escuchó la joven, descubriendo unas figuras dirigiéndose hasta ella.

— Sombrilla viajera, ¿puedes resguardarnos del sol un momento?

— Cuidado, Rubén, si te acercas demasiado puede contagiarte y volverte un conejo como ella –dijo burlón Manuel Socorro, uno de los chicos que, junto a Rubén Atencio, se mofaba constantemente de su apariencia. Cargar con un gran sombrero oscuro, en plena primavera, agravaba las cosas, y tal como Rubén lo había dicho, le hacía parecer una sombrilla andando en dos piernas.

— No es contagioso, desde que me acuerdo soy así, nadie en mi familia se ha vuelto de esta forma por estar a mi lado. Pueden estar tranquilos –respondió con ternura la joven. Estaba acostumbrada a ese tipo de comentarios, aunque la mayor parte del tiempo era Agustín quien respondía por ella actuando como su fiero defensor –como un príncipe–; pero esa tarde caminaba sola, desde temprano se había escabullido al mercado del pueblo.

— ¿Es verdad que tus ojos son rojos? –preguntó Rubén con malicia. Aun así, a la chica le agradó que alguien le dirigiera la palabra sin antes observarla por horas, intentando deducir si se trataba de un maniquí o una especie de actriz callejera que se ganaba la vida caracterizándose como estatua griega, con mierda de pájaro molida maquillando su rostro y cuerpo.

— Pienso que son violetas, ¿quieres ver? –respondió ella, dispuesta a despojarse de sus lentes oscuros.

— No la escuches, es una puta loca. Pinche miedo que da... Ya vámonos, Dolores y Nazaria nos esperan. Recuerda que nos prometieron una tarde llena de sorpresas –dijo Manuel.

— ¿Van a alguna clase de fiesta? ¿Puedo ir? –cuestionó la chica.

— No a la primera pregunta y no, para nada nunca, a la segunda –respondió Rubén, sintiendo el mismo poder de un rey al gobernar sobre sus súbditos, o en su caso sobre una descolorida moza que rondaba el feudo con espanto.

Las risas por la negativa no se hicieron esperar, las caras de los jóvenes se desfiguraron –ante la ingenua vista de la chica–, mostrando filas de dientes roídos por el consumo de mezcal adulterado y mejillas, polinizadas de vello, contraídas hacia los pómulos; el sonido de la carcajada apareció cual tren avanzando por la garganta y silbando al encontrarse con el final del paladar. Altaneros, Rubén y Manuel se alejaron por la acera; ambos vestían el uniforme de la preparatoria pública, ésa en la que la joven soñaba algún día ingresar. Miriam Duarte, su madre, se había opuesto a ese anhelo, no concebía que su hija quedara a merced de chiquillos listos para destrozarla con sus mofas; al llegar a casa, la misma ya la esperaba con los brazos posicionados en la cintura, el arco que formaban sus cejas le indicaba a su hija cuando un regaño se le estaba cocinando en las entrañas. El encuentro con Manuel y Rubén quedó olvidado.

— Mamá, vi flores, frutas de todos los colores: nanches, guayabas, higos; piñatas... niños jugando a los vaqueros con pistolas de plástico; gente comiendo barbacoa recién preparada, traída de los hornos en los establos. El mercado parecía una enorme celebración en la que no necesitabas invitación para entrar –contó la chica.

— Cielo, las personas sí que tienen una invitación, se llama dinero, nadie va ahí sólo a observar. Un mercado no es para eso –le dijo Miriam.

— Yo sí, disfruté caminar por horas en él. Las imágenes de ahí afuera nunca terminan de maravillarme –dijo la joven animada, mientras su madre se limpiaba las manos en el delantal.

— Me tenías preocupada, sé que debería acostumbrarme a que te vayas sin ton ni son, pero creí que tu última escapada sería el mes pasado –expresó la mujer, sus ojos luchaban con el peso de los párpados que año con año parecía aumentar-. Mi niña, sabes que sólo quiero protegerte, los mercados me traen memorias desagradables. Dime... la gente... ¿Te vio?

La pálida joven bajó la mirada, ya había dejado su amplio sombrero en el perchero y los lentes oscuros en la mesa del recibidor; unas marcas en lo alto de sus pómulos, ocasionadas por el peso de las micas, formaron óvalos que ella y su hermano conocían como “ojos de marciano”. Entendía a lo que su madre se refería. Sí que la habían visto, la detectaron como una intrusa; un niño creyó confundirla

con un espectro, otro con una bruja, finalmente entre los dos llegaron a la conclusión de que era una escultura parlante de yeso.

— Eso creo, aunque traté de pasar desapercibida, usé la crema protectora –dijo la chica.

— ¿Te llamaron de alguna forma? –preguntó la madre.

— Si lo hicieron no los culpo, ¿te imaginas si vieras a una chica despintada caminando a tu lado? –comentó la joven.

— Es de eso de lo que quiero protegerte, nadie entiende tu belleza –dijo Miriam.

— Ni yo misma la entiendo –dijo la chica.

— Si tan sólo pudieras ver los arcoíris que yo observo en ti. Eres única, una estrella bajada del cielo –comentó Miriam y se acercó hasta su hija rodeándola con los brazos, la carne que le colgaba junto a las axilas bien podría haberla cobijado como las alas de un águila.

Un leve aroma a sudor llenó el ambiente, era amargo, invasivo, como el que su padre despedía cuando reparaba el autobús.

— ¿Qué es ese olor? Huele a... –preguntó la chica.

— ¿Qué olor? –cuestionó Miriam, y notó las muñecas de su hija-. ¡Jesús Santísimo! Déjame ver eso –expresó y la tomó de los brazos-. Mira nada más, debiste de haber olvidado el bloqueador en esta parte. Uno de estos días no podrás deshacerte del enrojecimiento y terminarás pareciendo una langosta.

— A ellas parece gustarles su apariencia, quizá yo pueda acostumbarme también –bromeó la chica.

— Tienes una imaginación fascinante, cielo, pero prefiero mantener a mi niña en su forma humana; ahora ve y ponte algo para calmar esas quemaduras. Agustín no tarda en llegar y ya sabes que se vuelve loco si ve algo mal en ti, ¡ese jovencito se atreve a regañar a su propia madre si no cuida bien de su hermana! Te quiere, eso no lo puedo negar. Me tranquiliza saber que siempre contarás con él como tu protector –dijo Miriam.

— Pues a mí me basta con éste –respondió la chica y le mostró a su madre la botella de crema contra el sol que cargaba en su bolsa. En un lugar como Tala era difícil conseguir aquel producto, pero Miriam y Lorenzo hacían uso de sus limitados fondos, mensualmente, para adquirirlo en la capital.

— No más lugares sin avisarle a tu madre –respondió Miriam y la besó en la frente. En la cocina se escuchó un barullo de trastes saliendo de las gavetas, como si fuera una avalancha de lata y porcelana refractada.

— ¿Quién anda ahí? ¿Ocultas algo, mamacita? –preguntó curiosa la joven y, antes de que Miriam interviniera, se adelantó para descubrir lo que causaba el alboroto. Un rostro surgió inmediatamente parando su carrera: dos ojos castaños, tostados por peripecias acumuladas bajo unas finas cejas; piel olivácea, una nariz puntiaguda y un cuello imitando la delgadez de una vela. Había ánimo en la mirada, fuego contenido detrás del iris.

— ¡Ángel!

— ¡Tío Ricky!

Un hombre recibió a la chica en los brazos y la elevó haciéndola girar como un reguilete; la espigada figura y las piernas de la joven, lejos del suelo, formaron un molino de viento con aspas de diamante.

— ¿Qué haces aquí? Deberías estar viajando en el vagón de algún tren hacia Sudamérica, navegando por un *ferry* o escalando el Everest –preguntó la chica.

— Me conoces bien, ángel –le dijo el hombre, llamándola de la misma forma desde que su sobrina era una niña: “ángel”–, pero las aventuras terminaron para mí. Pude haber sido el gran trotamundos de esta generación, inspirar cuentos, relatos, grabar mi nombre junto al de los héroes que cambiaron el mundo: Morelos e Hidalgo, el magnánimo Doroteo Arango, la bella Carmen Serdán, el inigualable Zapata... tanto y tan poco –suspiró–. Pero bueno, lo que he encontrado es cien veces mejor que todas esas recompensas vanas. Me he topado con la paz.

— Ricardo, ¿te quedas a cenar? –interrumpió Miriam, que ya había llegado hasta la estufa y se preparaba para seguir bañando el lomo de cerdo con salsa de ciruela agria. El hombre le sonrió como respuesta, un código como ése, en el que las señas y gestos sustituían a las palabras, se conseguía comúnmente sólo entre personas que compartían un nexo especial: Miriam era la mayor y Ricardo el menor, el alocao hermano que había decidido huir de una vida común viajando por el mundo desde los quince años.

— ¿Paz? Por eso vistes... –quiso preguntar la joven.

— Así es como debes verte cuando predicas la modestia —respondió Ricardo con alegría al modelar una delgada playera de algodón con claras manchas de sudor, un holgado pantalón con doseles a los costados, y sandalias marrones—. La norma dice que los pies tienen que estar en constante comunión con la tierra, pero la última vez que hice eso terminé en un hospital de Guatemala con un montón de tajadas y ampollas. Mis pies lucían como la superficie de Marte —añadió imitando el caminar de un astronauta, su sobrina rio. De pequeña, la chica había convivido muy poco con él, pero sabía de primera mano sobre sus andanzas por las cartas que constantemente llegaban a la puerta de su casa; cuando su madre se las leía sentía un extraño vínculo con él, sólo alguien así podría entenderla: él vivía los sueños, ella soñaba con vivir.

— Pues mi nariz no siente paz en este momento, ¿también tienes prohibido bañarte? —comentó Miriam, las burbujas irisadas de la salsa, provocadas por el calor, explotaron en diminutos intervalos de tiempo sobre el guisado.

— Modestia, hermana, modestia —dijo Ricardo.

— Modestia un carajo, ¡apestas! —exclamó Miriam burlona—. Cielo, acompaña a tu tío al baño, si ha olvidado cómo usar el jabón y el agua tendremos que recordárselo —bromeó. La chica supo de dónde venía la amarga fragancia de hacía un rato.

— Vamos, tío Ricky —dijo la joven, tomó de la mano a su tío y lo guio hasta la segunda planta, donde una barra plagada de surcos resecos, con aroma a lirio, y un poco de agua terminaron por revelar su faz.

De frente al espejo, Ricardo Duarte tomó un rastrillo, eliminó su barba y luego posicionó las navajas en sus sienas.

— ¿Te cansaste de peinarlo? —preguntó su sobrina. Estaba sentada al pie de la tina y observaba a su tío mientras hacía desaparecer su cabellera, lucía como un granjero que se ocupaba de segar pardos manojos de un trigo.

— Todos los que creen en la paz espiritual usan la cabeza así, creo que significa algo, quizá si no lo hago piensen que no lo tomo en serio; son muy estrictos cuando se trata de vivir lo que predicas. Una vez escuché la historia de un tipo que fingía ser un acudalado inversionista capaz de llevar la modernidad a los lugares olvidados entre veredas y montañas. Era bueno con las palabras y

eso le permitía conseguir lo necesario para seguir sus expediciones. Cierta día, caminando sin rumbo, se topó con “El Arenal”, un pueblo oculto bajo dunas enormes; sus habitantes eran de baja estatura y tenían el rostro más extraño que hubiese visto, pero sobre todo, eran ingenuos. Victorio, un hombre con una cojera ocasionada por las luchas en el desierto y el más viejo del lugar, fue el encargado de darle la bienvenida; las familias le ofrecieron manjares y calmaron su agotamiento en todas las formas posibles. El sujeto pasó meses disfrutando de aquel oasis; sin embargo, una noche de otoño decidió que el momento había llegado y pidió a Victorio que convocara una reunión en el centro del pueblo. Cuando todos los habitantes acudieron al llamado, el hombre les habló de estafalarios casinos con ruletas de gemas incrustadas y barajas importadas de Irlanda; supermercados de pasillos cromados e infinitos; cines, aunque ellos ni siquiera entendieran a qué se refería esa palabra; y congales donde la música cargaba de pólvora el cuerpo, obligándolo a retorcerse para librarse de ella y así no morir como petardos de carne. Aislados del mundo, aquello sonó profano, pero más que nada maravilloso y tentador, y sería suyo si tan sólo le entregaban el dinero necesario para ir más allá de la altiplanicie y la Sierra Madre Occidental para traérselos. Ellos accedieron y él fue un completo tonto.

— No suena como un tonto si logró convencerlos de sus mentiras —dijo la joven.

— Lo fue cuando quiso disfrutar del “éxito” de su plan con las mujeres más cariñosas del lugar —aclaró Ricardo.

— ¿Ellas descubrieron su farsa? —preguntó su sobrina.

— El idiota se embriagó y le contó todo lo que había hecho a una de ellas, UNA CHICA SIN UN OJO... —dijo Ricardo, de forma misteriosa, alargando la frase—. En cuanto ésta lo supo se dio aviso a Victorio y el timador terminó siendo fusilado en la plaza principal. Para desgracia de esos pobres, el destino de lo que les fue robado jamás se reveló. Algunos dicen que su fantasma aún deambula de noche en busca de la tuerta que lo traicionó. ¿Ves? Sí fue un tonto, un tonto muerto. Por eso nunca es bueno hacer que un pueblo se levante en armas contra ti o terminarás inspirando cuentos así.

— Creí que la lección era vivir lo que predicas, no mentir ni pretender ser alguien que no eres —dijo la chica. Su tío ya había dejado su cabeza totalmente calva. En la cerámica del lavamanos se dispersaron multitudes de mechones castaños.